

Carne de su carne

de Miguel Campion

Advertencia preliminar:

El manuscrito que están a punto de leer fue hallado en la cripta de un monasterio en ruinas cuyo nombre no vamos a mencionar para no perturbar la paz que reina en tan remoto y olvidado lugar. Tampoco citaremos los nombres de los componentes de la expedición arqueológica que, al abrir uno de los sepulcros de los antiguos monjes, descubrió que la tumba estaba vacía, con la excepción de un paquete cuidadosamente envuelto en cuero. Dentro de este paquete se pudo hallar un pergamino donde estaba escrita la insólita historia que van a leer a continuación.

Les advertimos que no es un relato agradable para los delicados de espíritu. Queda dicho, así que si vuelven la página, lo que suceda después será solamente responsabilidad suya.

I

Tenía yo quince años cuando conocí a Belial. Él fue el primer hombre a quien conocí. Desde que guardo memoria, y la guardo casi desde el día de mi nacimiento, no había conocido a otra persona que Lissia, hasta la llegada de Belial. Yo llamaba por su nombre a la mujer que me trajo al mundo, la llamaba Lissia por expreso deseo suyo. Creo recordar, o más bien recuerdo, que la primera palabra que brotó de mis labios infantiles fue su nombre, Lissia. Aquel día, bien me acuerdo, al oír su nombre en mi boca, Lissia esbozó una sonrisa en su rostro blanco como el mármol, y besó con sus labios de sangre mis labios pálidos.

Lissia me enseñó a hablar, a leer, a escribir; me introdujo en el vasto horizonte de la biblioteca familiar, me dijo qué libros me era provechoso leer, y cuáles no servían sino de fútil alimento para el tedio. Lissia me señaló, entre la inmensidad de los miles de lomos de libros de piel, oro y nácar, un lomo de metal oscuro que presidía la inmensa biblioteca. Ese inalcanzable lomo de metal se hallaba justo en el centro de la sala, tenía tantos libros a su derecha como a su izquierda, tantos encima como debajo. Era el lomo del más maravilloso y extraño de los libros: el *Saturygena*.

Lissia me dijo que una gran catástrofe asolaría el mundo, nuestro mundo, si yo osaba tan siquiera tocar el lomo metálico del *Saturygena*. Y yo le obedecí con verdadera devoción. Jamás se me ocurrió violentar la prohibición, ni siquiera pensé en la terrible posibilidad. Jamás desobedecí a Lissia, hasta la llegada de Belial.

Y digo que Belial fue el primer hombre al que conocí, y digo bien, aunque no fue mi primer amigo. Mi primer amigo, mi gran, querido e inseparable amigo de infancia fue un niño que se llamaba como yo, Alceán.

Alceán era mi amigo desde el tiempo en que no tengo ya recuerdos. Sin embargo, sí recuerdo vívidamente, tan vívido como un sueño, el día en que Lissia conoció a Alceán. Antes de aquel día, Alceán y yo éramos secretos compañeros de juegos. Siempre que Lissia me dejaba solo, siempre que salía de la casa, Alceán venía a jugar conmigo. Los dos reíamos, peleábamos, corríamos libres, sin cansarnos jamás. Era el único secreto que yo no compartía con Lissia. Cuando ella volvía, Alceán siempre se había marchado tan rápidamente como había aparecido, como si en realidad no fuera más que un producto de mi imaginación infantil.

El día en que yo cumplía cinco años, Alceán me regaló un violín. Era un violín del color del ámbar, de una madera dura y suave que parecía tener vida aun después de haber sido cortada y cincelada. Alceán me susurró al oído: “Era mío, ahora es tuyo. Tócalo siempre que quieras que yo venga”. Encajé el cuerpo vivo del violín en mi cuello, y posé mis dedos infantiles en las tensas cuerdas. Alceán tomó con fuerza la mano que me quedaba libre, y colocó el arco en mi palma. Contuve la respiración, comencé a acariciar levemente las cuerdas con el arco, y del violín nació un sonido lánguido, cálido, con la misma tonalidad ambarina de su fuente.

Toda la habitación se impregnó de un olor penetrante, como de cirio, de miel y de incienso mientras tocaba una canción que parecía surgir sola del violín. Alceán y yo nos sentimos embriagados con ese sonido, con ese aroma, con la canción que Alceán me enseñaba sólo con mirarme a los ojos. Cada nueva nota que salía de mi violín, de mis dedos, era una nota que Alceán me dictaba en ese preciso instante. Los dos comenzamos a reír, dulcemente, como en los sueños. Entonces me fijé por primera vez en los ojos de Alceán. Eran del color de la miel, como el ámbar, como

el alimento sagrado que reposa eternamente líquido en los cuencos de los faraones muertos.

Lissia abrió súbitamente la puerta, y gritó cuando vio el violín entre mis manos. La sangre de su rostro se agolpó en sus sienes tirantes, y sus ojos de obsidiana vacilaron en las cuencas levemente hundidas. Lissia me miró y dijo:

- ¿Dónde has encontrado ese violín?

Yo miré a Alceán, y los dos reprimimos una risa cómplice. Lissia no apartó sus ojos de fuego de mi rostro. No tuve más remedio que decirle la verdad, como siempre hacía. Le dije que me lo había dado Alceán. Los labios y las sienes de Lissia palidieron. Lissia se quedó inmóvil, como una efigie de cera. En aquel breve instante de quietud, Lissia me trajo a la memoria la imagen de la Santa Tecilay, que estaba en la cripta del casón, siempre velada por un cirio mortecino. Me gustaba pasar horas enteras observando a la Santa Tecilay. Era de mi misma estatura, y tenía el rostro de una mujer. Sus cabellos negros desaguaban, ordenados, en el manto empedrado que la cubría de barbilla a pies. La Santa Tecilay tenía los ojos cerrados, y su piel era como hecha de cera.

Lissia estuvo inmóvil, como Tecilay, tan sólo unos instantes. Luego miró hacia donde se hallaba Alceán, y éste mantuvo sus ojos de madera viva fijos en las obsidianas de Lissia. Ella habló:

- No entiendo, Alceán. En esta habitación estamos solos tú y yo. Aquí no hay nadie más. Nadie que se llame Alceán, sino tú.

Yo miré a mi amigo, y él me guiñó el ojo.

- Tu madre no puede verme, ni oírme, Alceán.

- ¿Por qué?- inquirí.

- Porque ella cree que sólo existe un Alceán.

Lissia dio un respingo, y sus ojos desesperados buscaron a Alceán por toda la habitación. Supongo que, por vez primera, había oído su voz, aunque parecía no poder verle. Antes de que yo pudiera dar una contestación a las misteriosas palabras de Alceán, Lissia sacó un puñal fino y brillante de su vestido negro, y lo lanzó hacia el rincón de la estancia donde yo veía a Alceán. Pero él ya no estaba ahí o, al menos, yo ya no podía verle.

El puñal se hincó, certero, en la pared, y Lissia y yo pudimos oír un grito espantoso que venía de ese rincón, y vimos precipitarse desde la nada un borbotón de sangre oscura que regó el suelo de madera. La sangre siguió manando de la nada, de la nada donde un momento antes estaba Alceán, y salpicó obscenamente mi violín y mis mejillas enrojecidas por la excitación del momento.

Lissia, aterrorizada, me tomó de la mano, y me sacó del cuarto. Esa habitación permaneció cerrada con llave muchos años, años en los que nunca osé penetrar en ella. Nunca habría vuelto a entrar si Belial no hubiera llegado a la casa, a mi vida. Del mismo modo que nunca sospeché que podría llegar a querer a nadie tanto como amaba a Lissia. El amor que profesé a Alceán era un amor infantil, leve como el vuelo de un vencejo. Aunque no volví a verle desde el día que Lissia nos descubrió con el violín, no me entristeció apenas su desaparición. Lissia me dijo que no había muerto, porque nunca había vivido. Yo lo acepté como algo natural. Sólo *vivíamos* ella y yo.

Desde aquel día, Lissia fue, única y exclusivamente, mi vida. Yo me levantaba para ver su rostro, me enfrascaba en la lectura árida de ancianos volúmenes para

recitarlos después en sus oídos, tañía mi violín para acunar su sueño, caminaba por los largos corredores por los que Lissia me guiaba.

El casón de mi familia era inmenso, oscuro e inagotable. Un extraño podría haberse perdido entre los incontables pasillos, las inesperadas salas y las interminables escalinatas. Lissia y yo hacíamos viajes por aquel mundo, oculto para el resto de los seres, y abierto tan sólo al goce de Lissia y al mío propio. Nunca salí del casón, y nunca tuve la necesidad de hacerlo. Nunca supuse que hubiera nada fuera de él. Esos corredores, esas habitaciones lúgubres y de ventanas clausuradas eran todo mi mundo.

Lissia se encargaba del cuidado de nuestro hogar. Conocía cada esquina, cada mueble, cada cajón, cada peldaño, cada libro de la biblioteca, y me lo fue enseñando todo. Exceptuando el prohibido *Saturygena*, todo era para mí, todo era nuestro. Mas de cuando en cuando, Lissia abría la puerta que conducía al exterior y se marchaba, dejándome solo. Entonces, yo me entregaba, con frenético y sublime goce, a arrancar suspiros a mi violín. Su brisa misteriosa resonaba en cada astilla del casón, y todo el mundo vibraba y entonaba el cántico extremado del que aguarda la venida de su dios. Aquella música era la oración que yo elevaba a Lissia. Siempre tocaba una canción distinta, siempre inventaba una melodía diferente, nunca igual a aquella primera música que Alceán me enseñó. Siempre obtenía respuesta a mi plegaria.

Al poco, Lissia llegaba con vasijas y bandejas llenas de soberbios manjares. Lissia mimaba con sus manos de hielo los frutos más exuberantes, las hierbas más aromáticas, las carnes más delicadas, especialmente las carnes, y componía con devoción sacra las más sublimes ofrendas que dios alguno haya recibido jamás.

Cada día, Lissia inventaba para mí un nuevo plato, descubría ante mis ojos ávidos una nueva delicia.

Su manjar favorito, mi manjar favorito también, eran las carnes que devorábamos siempre muy poco hechas. Fuera del tipo que fuera, nunca faltaba carne en nuestra mesa, siempre exquisita, tierna, fresca, viva. Lissia y yo sonreíamos gozosos, con los dientes llenos de sangre. Me gustaba ver a Lissia devorando ávida la deliciosa carne que ella misma traía del mundo exterior. Estaba más bella que nunca cuando su dentadura afilada y alba cortaba limpiamente la carne y sus labios brillaban salpicados por la sangre.

Las carnes que Lissia cocinaba eran sublimes, pero nunca comí manjar que no fuera exquisito, y nunca faltaron viandas que llevarme a la boca cuando lo deseé. Yo pensaba que Lissia me otorgaba todos estos dones como recompensa por la devoción que yo sentía por ella. Lissia era todo mi mundo y yo la adoraba como una diosa que me premiaba con sus dones: su amor, el conocimiento y la comida.

Ahora que aquel tiempo dichoso terminó, me sorprende que nunca se me ocurriera preguntarme por la existencia de otros seres, de otros mundos. Yo dominaba las más diversas materias del saber, recogidas en la ingente biblioteca familiar. Conocía a la perfección las hazañas de César, los trabajos de Hércules, las peripecias de Ulises. Jamás pensé siquiera en la posibilidad de que alguno de ellos hubiera existido en realidad, fuera de aquellas hojas tintadas. Para mí no existía más ser de carne y hueso que Lissia. Ella era única, era la única persona que yo concebía, puesto que no podía haber otra semejante, y menos aún miles de ellas. César, Hércules y Ulises eran seres de fantasía que vivían en los mundos extraños

de la biblioteca. Eran insignificantes comparados con Lissia. Eran quietos y débiles como el papel en el que vivían. No eran seres de carne y hueso como Lissia o yo.

También hoy, que vivo fuera de aquel mundo que era el mío, me pregunto por qué jamás tuve curiosidad por franquear la puerta del casón, la entrada a ese otro mundo en el que Lissia penetraba y del que volvía cargada de dones maravillosos. Creo recordar que, siendo muy niño, le pregunté a Lissia por el mundo de fuera del casón. Lissia me dijo que, si cruzaba la puerta, sería infeliz para siempre. Si quería seguir siendo feliz, debía permanecer en nuestra casa, en el mundo que yo conocía, en los pasillos y las salas, entre libros y manjares, solamente con ella. Cuando le pregunté por qué ella sí salía del casón, Lissia me dijo que solamente ella conocía el modo de extraer cosas buenas del otro mundo, que sólo ella tenía esa facultad, y que yo no debía intentarlo nunca, pues una gran catástrofe destruiría nuestro mundo.

Temerosa de que le desobedeciera, Lissia se tomaba grandes molestias en cerrar bien la puerta cuando se iba de la casa. Para mí era un misterio el origen del pavoroso y chirriante ruido de los cerrojos que había al otro lado de la puerta, el lado que yo nunca veía. Me imaginaba horribles monstruos acechando detrás de aquella puerta, espantosas criaturas que solamente Lissia podía doblegar.

Así pues, yo nunca conocí otro mundo que el del casón familiar. Nunca vislumbré la menor claridad a través de las ventanas selladas de mi hogar, nunca escuché más sonido proveniente de ese mundo terrible de más allá de la puerta que el de los tenebrosos cerrojos. Y nunca osé cruzar aquella puerta, hasta el día en que Belial entró por ella. ¿Cómo no voy a recordar ese día, el día en que la torre en la que vivía encerrado, todo el universo que yo conocía, comenzó a desplomarse?

II

Yo acababa de cumplir quince años. Mi amor por Lissia había variado, se había ampliado con turbadores recovecos que yo no llegaba a comprender. Ella era todo mi mundo, la única persona viva a quien yo conocía y la amaba ciega y profundamente, como jamás podré amar a nadie, con toda mi alma y todo mi cuerpo, mi sangre y mi carne en la cúspide de su juventud. La adoraba enfermizamente, la amaba tanto que me dolía cada sensible fibra de mi cuerpo de hombre recién nacido, tanto en su presencia como en su ausencia.

Lissia había salido al mundo exterior, a conseguir nuevas golosinas para mi placer. Recuerdo que, antes de marcharse, Lissia se volvió para darme un beso, como siempre hacía, y se quedó petrificada al verme. Pude apreciar en sus ojos el mismo temblor que hubo en ellos el día en que Alceán desapareció, envuelto en un fragor de sangre y música. Fui a preguntarle por el motivo de su turbación, pero Lissia no me dejó. Sus labios de escarlata palpitaban con cada latido de su corazón. Vi caer de sus ojos fríos un par de lágrimas delicadas. Habló.

- ¡Alceán!

Miles de veces había escuchado mi nombre en sus labios, pero nunca ella lo había dicho del modo en que lo pronunció esa vez. Aquel tono quebradizo me hacía presagiar misterios que hasta entonces yo ni siquiera había sospechado. Todo mi vello se erizó, y el corazón se me subió a trompicones a la garganta, y mis sienes pálidas se sonrojaron tanto que ardían, y mi aliento se agitó.

Lissia hundió sus dedos de marfil entre los mechones desordenados de mi cabellera, y me atrajo hacia sí. Sus labios de sangre acariciaron los míos, como siempre hacían, aunque esta vez fue de distinta forma. Lissia permaneció pegada a mí un instante que pareció eterno. Su cuerpo de fuego negro se fundió con mi frágil figura en un abrazo ardiente. Lissia suspiró, su rostro pegado al mío, y su aliento entrecortado acarició el bozo de mis labios, que se abrieron levemente, por instinto, como flores nocturnas. Sentí la lengua húmeda de Lissia palpitando sobre mi lengua, y sus dientes mordiendo mis dientes, y todo su cuerpo quemando mi cuerpo adolescente. Sentí en mi interior una espada de fuego que parecía desgarrar mi vientre.

Mi cuello se inclinó hacia atrás, y perdí el contacto con su boca. Me entregué, lánguido, a su abrazo, y al instante noté sus labios gruesos en mi garganta, y su respiración turbada en mi nuca, y sus dientes afilados penetrando en mi piel virgen y el sonido callado de mi sangre brotando entre sus labios. No recuerdo nada más de aquel episodio. Después de sentir aquellos dientes acariciando mi cuello, sólo sé que dormí durante un tiempo que no soy capaz de determinar, y que, cuando desperté, me hallé solo en la inmensidad del casón. Tenía la sensación de estar solo, pese a que no había visto marcharse a Lissia. Tal vez había soñado con ella, y recordaba vagamente su negra figura temblorosa, turbada, saliendo por la puerta como si escapara de algo.

Bajé al vestíbulo de la casa para cerciorarme de que Lissia se había marchado. Me quedé mirando la puerta del casón un instante, y me vino a la mente la extraña idea de que Lissia había dejado la puerta abierta. Como si alguien quisiera dar respuesta a mi corazonada, una fuerte ráfaga de viento azotó la gruesa hoja de la

puerta, y esta cedió y se abrió de par en par, y se cerró de nuevo con rapidez de trueno. La luz del exterior me cegó, no pude ver nada, pero la claridad de aquel destello me aterró. Subí corriendo las escaleras y me refugié en mi habitación. Lissia había olvidado cerrar la puerta por primera vez en quince años. ¿Tenía algo que ver su olvido con su extraño beso, tenía yo la culpa de su descuido?

Para tranquilizarme, decidí hacer lo que siempre solía cuando Lissia no estaba. Tomé mi violín y comencé a tocarlo lentamente. Había progresado mucho desde que Alceán me lo regalara: conseguía arrancar a ese trozo de madera viva las más hermosas melodías, oraciones que yo inventaba para complacer a Lissia. Nunca había vuelto a tocar la primera canción que aprendí, aquella que Alceán me enseñó antes de marcharse para siempre. Quizá aquel don para la música no fuera algo propiamente mío, sino una facultad recibida del pequeño Alceán como herencia. Él era quien me había regalado ese violín mágico, hecho de una madera que yo no había visto en ningún otro objeto del casón. Él era quien lo había regado con su sangre, la sangre que brotó de su cuello invisible y dejó una marca indeleble en el instrumento.

Me hallaba tan embebido en el cantar del violín que no me di cuenta del bramido del viento en el exterior, ni del fuerte golpe que dio la puerta al abrirse de nuevo, ni del avance sigiloso de unos pasos sobre las tarimas gimientes del casón. Ni siquiera percibí a aquel ser hecho de sombra y fuego cuando penetró en la habitación y se paró detrás de mi espalda. Solamente supe que alguien había llegado cuando sentí unos dedos delgados y tibios cubriendo mis ojos. Creyendo que era Lissia, dejé el violín sobre la mesa, y posé mis manos en sus manos, y acepté el abrazo cálido que

dio cobijo a mi espalda. Cuando volví el rostro, y giré mi cuerpo dentro de aquellos brazos que me arropaban, me encontré de bruces con el rostro de Belial.

Mi alma se conmovió ante el descubrimiento insospechado de un ser que no era Lissia, un ser cálido, humano, de carne y sangre como Lissia, que sin embargo no era ella. Sus ojos enormes también eran de obsidiana, sus labios generosos también eran de sangre, su melena profunda también era como el ala del cuervo, su cuerpo esbelto era también de fuego. Una persona que hubiera conocido a miles de hombres podría haber hallado un asombroso parecido entre Belial y Lissia. Pero yo, que solamente conocía a una persona, encontré a Belial tan diferente, tan inconcebible, que mi mente no pudo establecer relación alguna entre Lissia y él.

Aquella inesperada aparición cambió el mapa de mi cosmos. ¿Qué o quién era ese ser? ¿Era acaso comparable a Hércules o Ulises? ¿O era, por el contrario, de la misma materia carnal y viva que Lissia? Descubrir a Belial fue para mí como para un hombre primitivo descubrir un nuevo sol en el cielo, un nuevo sol tan cálido como el que creía único, y tan digno de adoración como el primero. Sin embargo, este hecho no era fácil de asumir. Un sol debe ser único. Dos soles en un mismo cielo pierden su gloriosa majestad y se convierten en dos estrellas. A menos que uno de esos dos soles sea, en realidad, la luna.

Belial seguía rodeándome con sus brazos, mirándome fijamente con sus ojos brillantes. Despegó los labios.

- Alceán, ¿me recuerdas?

Oír su voz grave, prodigiosa, fue para mí otro nuevo descubrimiento. Pero no era tan sólo por el hecho de escuchar por primera vez la voz grave de un hombre, sino porque aquel sonido me resultó vagamente familiar. Era como si hubiera conocido a

Belial mucho tiempo atrás, y me hubiera olvidado de él por completo y en aquel instante hubiera vuelto a recordar con toda intensidad que existía.

Belial me apretó todavía más contra su pecho. Podía escuchar el impetuoso cabalgar de su corazón, vivo como el de Lissia. Me miró profundamente a los ojos, y vi una inenarrable ternura en un rostro que no era el de Lissia. Belial me besó, me besó dulcemente, y musitó:

- Mi pequeño Alceán, ¿no recuerdas a tu tío Belial?

Toda la sangre de mi cuerpo se volcó completamente, el alma me abrasó la garganta, mi pecho se desgarró de arriba abajo al oír aquel nombre, al sentir esa respiración en mi cuello, ese beso que me recordaba tantos otros besos, tantos susurros que habían permanecido olvidados por completo en algún lugar de mi mente. ¿Cómo podía haber olvidado aquella dulzura que hacía retumbar mis sienes? ¿Cómo había podido olvidar a mi tío Belial? Lo había olvidado, digo bien, pues al escuchar mi nombre en sus labios, el recuerdo renació en mi cerebro como un relámpago. Yo había amado a Belial, le había amado tanto como a Lissia o puede que más.

Traté de recobrar la razón. Era imposible que ya conociera a Belial. Yo recordaba perfectamente toda mi vida desde el día de mi nacimiento. Ahora sé que esto no era normal, pero puedo asegurar que yo no tenía que hacer esfuerzo alguno para rememorar cada día de mi vida infantil. Y Belial no estaba en esos recuerdos, no hasta su repentino regreso. Belial había entrado en mi vida del mismo modo que un recuerdo perdido. Lo único que sabía de él era que, merced a algún misterio insondable, lo había conocido y amado, y después lo había olvidado por completo. Lo demás era confusión.

Belial me apartó de sí y me contempló, sonriente.

- Eres casi un hombre - dijo, y brillaron sus ojos -, y no eras más que una criatura cuando nos separamos. Sé que estás confundido, que no sabes quién soy, y que al mismo tiempo sientes que lo sabes perfectamente. No te preocupes, pobre cachorro, pues no es culpa tuya. Dentro de poco podré mostrarte la verdad y entonces lo comprenderás todo.

Belial alargó su mano, que parecía mágicamente pintada a brochazos en la penumbra de la habitación, y acarició mi rostro y mi cabello. Iba a decir algo, cuando los dos oímos un repentino portazo en el piso inferior. Lissia había vuelto.

Belial y yo permanecimos mudos, quietos, mientras escuchábamos sus pasos nerviosos devorando las escaleras. Lissia irrumpió en la estancia como un ave amenazante, tenebrosa. Sus ojos de piedra temblaron al posarse en Belial, del mismo extraño modo en que temblaron el día que mató a Alceán. Lissia no se sorprendió, se aterrorizó. En sus sienes se dibujó un arabesco de venas cárdenas que delató su mal disimulado horror.

- Dejaste la puerta mal cerrada - dijo Belial, sonriendo.

- ¡Tú no puedes estar aquí ! - gritó Lissia, espantada.

Belial repuso tranquilo, dominante.

- Yo debo estar aquí, y lo sabes. Del mismo modo que tú tenías que olvidarte de cerrar la puerta hoy, precisamente hoy. Está escrito, ¿lo recuerdas?

Lissia no le dejó continuar, y se lanzó sobre él, enloquecida.

- ¡No me lo quites, por favor!

Yo me acurruqué en un rincón del cuarto, y me abracé a mi violín. Lissia golpeaba con histeria el pecho de Belial, sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

Jamás la había visto tan desesperada. Mi tío la agarró fuertemente de las muñecas, y trató de conseguir que se calmase. Lissia dejó de darle puñetazos. Se desplomó, como una marioneta, a los pies de Belial, que siguió agarrándola por sus muñecas lánguidas. Lissia torció la cabeza entre sus dos brazos apresados y me miró, suplicante.

- Alceán, amor mío. Ve a tu alcoba y no salgas de ahí hasta que yo te lo diga. Mi hermano y yo tenemos que hablar.

Aliviado, obedecí a Lissia y me encerré en la alcoba. Allí permanecí, sobrecogido, durante horas que parecieron interminables. Mi alcoba estaba cerca de la estancia en la que discutían Lissia y Belial, sin embargo, si bien era capaz de oír los sollozos y los gritos de Lissia, no podía distinguir el contenido de las frases que cruzaban. Tampoco podía pensar, todo era tan confuso... ¿Cómo podía conocer y amar con tanta intensidad a un ser al que había llegado a olvidar por completo? ¿Cómo podía amarle si lo único que recordaba de él era, precisamente, que le amaba? Su nombre, y su amor, eran lo único que yo recordaba, y me hubiera gustado no recordar nada más.

Estaba intentando ordenar mis pensamientos cuando Belial me llamó con dulzura a través de la puerta de mi alcoba.

- Alceán, mi pobre niño, ¿me permites entrar?

Yo le di, anhelante, el permiso que él reclamaba. Belial abrió la puerta, y se detuvo en el quicio. Su singular figura se recortó en las tinieblas del pasillo. Era muy alto, esbelto, y llevaba un traje negro muy elegante, entallado, bordado con negros arabescos. Su cabello abundante moría suavemente en el cuello alto de la chaqueta, y enmarcaba un rostro anguloso, de una fiera belleza, en el que refulgían,

negras como la noche más tenebrosa, dos obsidianas idénticas a las que tantas veces había venerado en otro rostro. Aquellos ojos eran exactamente iguales a los de Lissia, o quizá los de ella fueran una imitación de los de Belial. Lo mismo sucedía con sus labios, llenos de sangre hirviente los de ambos hermanos, guardando el codiciado tesoro de unos dientes perfectos, como cuchillos prodigiosos y antiquísimos clavados en recta hilera en la entrada de un sepulcro pagano. ¡Cuántas noches los había admirado en la boca de Lissia, mientras ellos destrozaban, con total dominio, las carnes sangrientas que ella cocinaba de modo sobrenatural!

Belial sonrió, y se acercó a mí. Su semblante se tornó ligeramente grave para decirme:

- Tu madre ha caído enferma, muy enferma, Alceán. Tú mismo la has visto. ¿A que nunca la habías visto tan temblorosa, tan pálida? Ahora debe guardar reposo y nadie debe molestarla bajo ningún concepto, o de lo contrario podría morir. ¿Tú no quieres que eso suceda, verdad que no? ¿Tú sabes qué es la muerte?

- Sí, Belial.

- ¿Cómo puedes saberlo? Eres tan sólo un chiquillo.

- Soy prácticamente un hombre - repliqué, y Belial sonrió -. Sé cómo es la muerte, y no la temo. Lissia me dijo que nadie muere por completo. Siempre queda algo de su ser que vuelve a vivir dentro de otra persona. Pero yo no quiero que eso suceda, no quiero que Lissia se vaya aunque fuera a regresar después.

Belial me acarició, y me dijo que no debía temer por Lissia si la dejaba descansar y bajo ningún concepto iba a su habitación a importunarla sin que ella reclamara mi atención.

- Así lo ha ordenado Lissia expresamente, ¿entiendes?

Asentí, totalmente hipnotizado por los ojos y la voz de Belial, que continuó explicándome que Lissia le había pedido que cuidara de mí mientras permaneciera enferma y que a partir de entonces yo debía obedecer a Belial en todo.

- ¿Me obedecerás en todo, Alceán? - me dijo mirándome a los ojos, y no sé por qué motivo yo creí que iba a estallar de felicidad cuando, torpemente, con labios temblorosos, prometí que así lo haría.

No me dio más explicaciones, ni yo se las pedí. Belial me dijo que yo aún tenía que comprender muchas cosas extrañas que habían sucedido ese día, y me mandó que me acostara. Belial supervisó con atención cómo me desnudaba y me acostaba y, cuando estuve bien arropado en el lecho, se acercó hasta la cabecera y me dio un beso ardiente en la mejilla, muy cerca de los labios.

- Mañana lo entenderás todo, mi pequeño.

Extinguió la llama del candil con las yemas de sus dedos, y sus ojos brillantes fueron lo último que vi antes de cerrar los míos. Era como si sus ojos negros se pudieran ver en la penumbra.

Aquella noche vinieron a mí extraños y turbadores sueños en los que Belial aparecía en las tinieblas, me besaba y me atenazaba con sus brazos, de un modo que me proporcionaba tan intenso placer como insufrible dolor, tan al mismo tiempo que yo creía enloquecer y cerraba con fuerza los ojos, y cuando los abría veía sobre mí una ominosa bestia caliente, mitad humano mitad animal, que tenía los mismos ojos que Belial, y los mismos dientes, y que me provocaba una atroz repulsión y simultáneamente, un irresistible deseo.

(CONTINÚA...)

Consigue el libro completo en: <http://miguelcampion.com/carne-de-su-carne>